



UNPAZ

Universidad Nacional de José C. Paz

PEREZ LORENA ANALIA

EL ECO DE LAS PAREDES

Hay lugares que no aparecen en los mapas como un destino cualquiera. No se llega a ellos buscando una fotografía, una anécdota para contar o un recuerdo agradable. Se llega con respeto, con el corazón dispuesto a escuchar aquello que el tiempo nunca logró callar. La ESMA fue, para mí, uno de esos lugares.

Aquella mañana salimos con compañeros y docentes de la universidad. El viaje transcurrió entre conversaciones breves, miradas curiosas y algún comentario sobre lo que sabíamos de la última dictadura cívico-militar. Yo también había leído sobre el tema. Había visto documentales, escuchado testimonios y estudiado la importancia de la memoria en la construcción de una sociedad democrática. Creía estar preparada. Pensaba que iba a visitar un espacio histórico. No imaginaba que ese lugar terminaría visitándome a mí.

Cuando el colectivo se detuvo y vi el portón de ingreso, sentí un peso extraño en el pecho. No era miedo. Era una mezcla de respeto, incertidumbre y una tristeza que todavía no tenía nombre. Respiré hondo antes de bajar. Miré a mi alrededor. Había árboles, edificios y personas caminando en silencio. Todo parecía normal. Sin embargo, ese silencio tenía una profundidad distinta, como si el aire estuviera cargado de historias que aún esperaban ser escuchadas.

Comenzamos el recorrido acompañados por el guía. Sus palabras eran serenas, pero cada dato que compartía parecía abrir una nueva herida en la memoria colectiva.

Mientras avanzábamos por los pasillos, mis pasos se hicieron cada vez más lentos. No quería pasar de largo. Necesitaba observar cada detalle. Las paredes descascaradas, las escaleras, las ventanas, los pisos gastados por el tiempo. Sentía que cada rincón guardaba una historia imposible de resumir en una fecha o en un libro.

Hubo un momento en el que me acerqué a una pared. No sé por qué lo hice.

Simplemente levanté la mano y la apoyé con suavidad. Estaba fría. Cerré los ojos por un instante y una sensación difícil de explicar recorrió todo mi cuerpo. Fue como si ese silencio tuviera voz. Como si aquellas paredes conservaran el eco de quienes pasaron por allí, de quienes soñaban con volver a abrazar a sus hijos, a sus padres, a sus amigos. Comprendí que hay lugares donde la memoria no está escrita solamente en placas o fotografías. También habita en el aire.

Siempre fui una persona profundamente sensible al dolor ajeno. Desde muy chica me conmueve la injusticia. Tal vez por eso elegí estudiar Trabajo Social. Creo que

acompañar al otro comienza por reconocer su humanidad, por no mirar hacia otro lado cuando el sufrimiento duele. Mientras recorría la ESMA, esa sensibilidad se volvió imposible de contener. Cada relato del guía dejaba en mí una marca. Cada nombre pronunciado dejaba de ser un dato histórico para convertirse en una vida, en una familia, en un proyecto interrumpido.

Las fotografías me detuvieron durante largos minutos. Observaba esos rostros y pensaba que ninguno imaginó que algún día sería recordado de esa manera. Había jóvenes con la misma edad que muchos de mis compañeros de universidad. Había hombres y mujeres con sueños, con trabajos, con hijos pequeños, con proyectos. Personas comunes.

Personas que amaban la vida. Sentí que, de alguna manera, cada uno de ellos seguía allí, pidiéndonos que no permitiéramos que el olvido venciera a la memoria.

Mientras caminaba, algo comenzó a suceder dentro de mí. La historia del país empezó a mezclarse con mi propia historia. Sin buscarlo, aparecieron recuerdos de mi infancia.

Me vi otra vez en la casa de mis abuelos, donde crecí. Recordé los olores de la cocina, el sonido de la radio encendida, las tardes compartidas. Recordé también a mi abuelo, gendarme, un hombre de pocas palabras, firme en sus decisiones y poco acostumbrado a demostrar sus emociones. Y recordé a mi abuela, tan distinta a él, con esa ternura que alcanzaba para abrazar cualquier tristeza.

De pronto comprendí que la ESMA no solo estaba despertando preguntas sobre nuestro pasado como país. También estaba despertando preguntas sobre mi propia vida.

Mientras el guía seguía hablando, yo ya no podía separar la historia de mi país de mi propia historia. Las palabras "memoria", "verdad" y "justicia" dejaban de ser conceptos aprendidos en un aula. Allí cobraban un sentido distinto. Tenían rostro. Tenían nombres. Tenían el peso de las ausencias.

Mi abuelo fue gendarme.

Nunca hablamos demasiado sobre aquellos años. Tal vez porque yo era chica. Tal vez porque nunca encontré las preguntas adecuadas. O quizás porque existen silencios que se vuelven parte de la vida cotidiana y uno aprende a convivir con ellos sin darse cuenta.

Mientras caminaba por aquellos pasillos pensé mucho en él.

No para juzgarlo.

No para buscar culpables.

Simplemente para intentar comprender.

Comprender cómo una misma época pudo ser vivida desde lugares tan diferentes. Comprender qué cosas habrá visto, qué cosas habrá sentido y cuáles habrá decidido guardar para siempre en el silencio. Hay preguntas que nacieron ese día y que todavía hoy siguen acompañándome. Quizás nunca tengan respuesta. Pero entendí que preguntar también es una forma de mantener viva la memoria.

Entonces apareció en mis pensamientos mi abuela. Ella era todo lo contrario. Su abrazo era un refugio. Sus manos tenían esa capacidad de calmar cualquier tristeza. Nunca necesitaba decir grandes discursos; bastaba una mirada para hacerme sentir querida.

Durante la pandemia Dios decidió llamarla a su lado.
Su partida dejó un vacío imposible de llenar.

Mientras recorría la ESMA pensé cuánto me hubiera gustado volver a sentarme con ella frente a una taza de mate. Escucharla sin apuros. Preguntarle cómo había vivido aquellos años. Qué recordaba. Qué sintió. Qué historias nunca pudo contar. Comprendí demasiado tarde que muchas veces creemos que nuestros mayores estarán siempre para responder nuestras preguntas.

Y un día ya no están.

La visita también me hizo pensar en las madres que nunca dejaron de buscar a sus hijos, en las abuelas que caminaron durante años sosteniendo una fotografía como único abrazo posible. Pensé en cuánto amor hace falta para convertir el dolor en lucha. Admiré esa fortaleza inmensa de quienes eligieron caminar por la verdad cuando el miedo parecía querer imponer el silencio.

En un momento del recorrido el grupo permaneció completamente callado.

Nadie hacía preguntas.

No porque no existieran.

Sino porque las respuestas parecían quedar pequeñas frente al tamaño del sufrimiento humano.

Fue allí donde comprendí algo que todavía hoy me acompaña.

El verdadero horror no fue solamente lo que ocurrió dentro de esas paredes.

También fue el intento de borrar la identidad de las personas, de hacer desaparecer sus nombres, sus historias, sus proyectos, como si nunca hubieran existido.

Pero no lo lograron.

Porque mientras alguien recuerde un nombre...

mientras alguien vuelva a leer una historia...

mientras una escuela, una universidad o una familia visite un sitio como la ESMA...

esas personas seguirán viviendo en la memoria colectiva.

Como futura trabajadora social, sentí que aquella visita reafirmaba el camino que elegí.

Trabajar con personas implica mucho más que intervenir frente a una problemática. Significa escuchar con respeto, acompañar sin juzgar y comprender que detrás de cada historia existe una dignidad que merece ser cuidada.

Los derechos humanos dejaron de parecerme un tema exclusivo de los libros.

Ese día entendí que los derechos humanos tienen rostro.

Tienen nombre.

Tienen familias.
Tienen abrazos que nunca pudieron darse.
Y tienen también una responsabilidad para quienes vivimos hoy: no olvidar.
Cuando el recorrido terminó salimos lentamente al exterior.
La luz del sol parecía distinta.
Respiré profundamente.

Necesitaba hacerlo. Miré hacia atrás una última vez.

El edificio seguía allí, inmóvil.

Sin embargo, yo sabía que ya no era el mismo edificio que había visto al llegar.
O quizás quien ya no era la misma era yo.
Comprendí que algunos lugares no terminan cuando uno cruza la puerta de salida.
Se quedan viviendo dentro de nosotros.

La ESMA se quedó conmigo.

En mis preguntas.

En mis recuerdos.

En mis silencios.

En mi manera de mirar la historia argentina . Y también en mi manera de mirar a mi propia familia.
Desde aquel día entendí que la memoria no consiste únicamente en recordar el pasado.
Consiste en decidir qué hacemos con ese pasado para construir un futuro diferente.
Porque olvidar es permitir que el silencio vuelva a ocupar el lugar de la verdad.
Y la verdad, aunque duela, siempre abre el camino hacia la justicia.
Me detuve unos segundos antes de cruzar el portón de salida. Sentía la necesidad de mirar una vez más aquel edificio. No porque quisiera volver a entrar, sino porque intuía que una parte de mí iba a quedarse allí para siempre.

Respiré hondo. El aire de la tarde era distinto al de la mañana. O quizás era yo la que ya no respiraba igual. Había llegado con la expectativa de conocer un lugar histórico y me iba con el corazón lleno de nombres, de rostros, de preguntas y de un silencio que, paradójicamente, decía más que cualquier discurso.

Mientras caminaba hacia el colectivo recordé una frase que alguna vez escuché: "Un pueblo que olvida su historia está condenado a repetirla." Ese día comprendí que la memoria no es un ejercicio del pasado. Es una decisión del presente. Es elegir mirar de frente aquello que duele para que ninguna generación tenga que volver a atravesarlo.

Pensé nuevamente en mi abuelo. Ya no desde la necesidad de encontrar respuestas inmediatas, sino desde el deseo profundo de comprender que las historias familiares también están atravesadas por los tiempos que les tocaron vivir. No sé qué sintió, qué pensó o qué recuerdos guarda en el lugar más profundo de su corazón. Tal vez nunca lo sepa. Pero comprendí que hacerme preguntas no significa juzgarlo. Significa reconocer

que el silencio también forma parte de nuestra historia y que muchas veces las familias cargan heridas que no siempre encuentran palabras para ser contadas.

Después apareció, una vez más, la imagen de mi abuela.

La imaginé sonriendo como tantas veces. Recordé sus manos, capaces de transformar un día difícil en un refugio. Sentí una profunda nostalgia por no poder abrazarla otra vez y preguntarle aquello que hoy tanto necesito saber. Durante años creí que siempre habría tiempo para conversar. La pandemia me enseñó, con una dureza imposible de describir, que hay abrazos que un día se convierten en recuerdo y preguntas que llegan demasiado tarde.

Sin embargo, mientras el dolor de su ausencia volvía a abrazarme, también sentí gratitud. Gratitud por haber conocido el amor incondicional a través de ella. Gratitud porque su ternura fue el lugar donde aprendí que la empatía puede cambiar la vida de una persona. Tal vez por eso elegí el camino del Trabajo Social. Porque ella, sin proponérselo, me enseñó que nadie sana en soledad y que el sufrimiento del otro nunca debe sernos indiferente.

La visita a la ESMA reafirmó esa convicción.

Comprendí que trabajar por los derechos humanos no es solamente conocer leyes o intervenir frente a una problemática social. Es mirar a cada persona con la certeza de que su dignidad es inviolable. Es comprender que detrás de cada historia existe un universo de sueños, afectos y esperanzas que merece ser respetado.

Mientras el colectivo comenzaba el regreso, observé por la ventana cómo el edificio se iba haciendo cada vez más pequeño. Pensé que, físicamente, me estaba alejando. Pero en realidad sucedía exactamente lo contrario. La ESMA había encontrado un lugar dentro de mí.

Todavía hoy, cuando cierro los ojos, vuelvo a caminar por aquellos pasillos. Vuelvo a sentir el frío de las paredes bajo la palma de mi mano. Vuelvo a escuchar el silencio del grupo mientras cada uno intentaba ordenar sus emociones. Vuelvo a detenerme frente a las fotografías y a preguntarme quiénes eran, qué soñaban, qué música escuchaban, qué libros leían, a quiénes amaban. Entonces entiendo que la memoria comienza justamente allí: cuando dejamos de ver números y empezamos a reconocer personas.

Las paredes de la ESMA no hablan porque tengan voz.

Hablan porque guardan vidas.

Hablan porque se niegan a que el olvido gane la batalla.

Hablan porque cada visitante que atraviesa sus puertas se convierte, de alguna manera, en un nuevo guardián de esas historias.

Yo también regresé distinta.

Regresé con lágrimas que no fueron de desesperanza, sino de compromiso.

Regresé convencida de que la memoria es una forma de amor. Amor por quienes ya no están, por quienes nunca dejaron de buscarlos y por las generaciones que merecen crecer en un país donde la democracia, la libertad y los derechos humanos sean valores irrenunciables.

Hoy, después de esta experiencia, siento que conozco mucha forma del dolor. Pensé que conocía muchas formas del dolor. Sin embargo, la ESMA me enseñó que existe un dolor que no pertenece únicamente a quienes lo padecieron. Es un dolor que atraviesa

generaciones, que interpela conciencias y que nos invita a preguntarnos qué sociedad queremos construir.

Por eso escribo esta crónica.

No para contar solamente una visita.

La escribo para dejar testimonio de una transformación.

Porque aquel día comprendí que la memoria no vive únicamente en los archivos, en los museos o en los libros de historia.

La memoria vive cuando alguien se anima a escuchar.

Cuando alguien hace una pregunta.

Cuando alguien decide no mirar hacia otro lado.

Y mientras exista una persona capaz de detenerse frente a esas paredes, apoyar la mano sobre ellas y escuchar el eco de quienes aún reclaman verdad y justicia, el Nunca Más dejará de ser una consigna para convertirse en una responsabilidad compartida.

Salí de la ESMA convencida de que las paredes no olvidan.

Y desde ese día, yo tampoco.

PEREZ LORENA ANALIA 28.333.191